

**Consuelo Jiménez de Cisneros**

# Los zapatos de cenicienta no eran de cristal

## Breve apunte sobre la erótica del calzado en la literatura

Consuelo Jiménez de Cisneros

Los zapatos de Cenicienta no eran de cristal, sino de tafilete labrado con piel de ternera, "veau" en francés, término parecido fonéticamente al "verre" (cristal) y de ahí la histórica y poética confusión que ha florecido de manera indeclinable. Pero lo más interesante no es el material de que están hechos, sino la circunstancia de que el zapato perdido en la precipitación de la huida solo se ajustará al pie de la misteriosa dama que ha atrapado el corazón del príncipe. Únicamente ella podrá calzarlo, a las demás mujeres les será imposible. Esa exclusividad del zapato viene reforzada por su tamaño "diminuto" -así lo califica el narrador a la hora de la prueba-, lo que indica un pie pequeño, que en la mujer es característica que le da mayor atractivo y distinción.

Dorothy, la protagonista del cuento *El mago de Oz*, se calza los zapatos de plata heredados de la Bruja del Este antes de emprender su viaje a Oz. Esos maravillosos zapatos, junto con el beso en la frente de la Bruja del Norte, le permiten llegar a su destino felizmente, pese a las muchas aventuras: "Empezó decidida a caminar hacia la Ciudad de las Esmeraldas. Sus zapatos tintineaban alegremente sobre el duro suelo dorado." Los zapatos son para Dorothy, como para muchas mujeres, el talismán que le permite sentirse segura en un lugar extraño.

La magia del calzado como elemento de poder que reviste de una especial fortaleza a su usuario se pone de relieve en el cuento de *Pulgarcito*, donde *las botas de siete leguas* usadas primero por el ogro y luego por el astuto Pulgarcito tienen un poder mágico que permite recorrer distancias fantásticas en un tiempo reducido. El ser humano siempre ha necesitado utensilios que le otorguen fuerza y poder, sea de manera real, porque sus características técnicas así lo garantizan, o sea por una creencia indemostrable, actuando a modo de placebos.

No solo los cuentos infantiles revelan la importancia del calzado. El escritor alicantino Gabriel Miró parece especialmente interesado por ese complemento indispensable de la

mujer. Así lo muestra en una novela corta donde los protagonistas simbólicos son unos zapatos. Se titula *Los pies y los zapatos de Enriqueta*. La protagonista de este relato, Enriqueta, es una joven pueblerina muy linda. Uno de sus principales atractivos son sus pies, así descritos por el hidalgo don Acacio: "Yo no he visto piecitos como los de Enriqueta. ¡Parecen de princesita china!" Y más adelante, añade: "¿No le pasma que esos pies menudos como dos cominitos puedan mantener tanta hermosura?" Una vez más, como en la Cenicienta, el pie femenino pequeño enamora. Y eso es justo lo que pretende Enriqueta: enamorar al galán don Jaime, que pasa por allí de vez en cuando para darle algún recado. Y cuando ella espera su visita, se asegura de que "sí que se le veían los zapatitos rojos y algo de la finísima media de color de ámbar."

Los zapatos de la joven son rojos... ¿Qué mujer no ha calzado o no ha soñado con calzarse unos zapatos rojos? Algo de particular ha de tener ese color intenso, violento, con connotaciones de pasión, de sangre, de flores encendidas, para que así provoque el capricho de lucirlos. La enamorada Enriqueta se ve condenada a la vida conventual tras el matrimonio concertado de su amado con una prima. Desaparecida en el anonimato del hábito, solo el ruido de sus zapatos da cuenta de su existencia. Los zapatos que lleva ya no son los rojos y coquetos zapatitos que embelesaban a cuantos la veían: son "los zapatonos de la regla" que no son de su número, que resultan tan ajenos a ella como su nueva vida de monja. Esos zapatos enormes, casi masculinos, bien podrían recordar la irónica línea donde Quevedo describe el calzado de dómine Cabra: "Cada zapato podía ser tumba de un filisteo." Y el ruido de esas pisadas anómalas sobresalta a los visitantes hasta que descubren de quién se trata: de una monja (sin nombre) a la que le están grandes los zapatos. Pero antes, el escritor nos hace compartir su experiencia con este sugestivo párrafo: "¿No habéis sentido nunca la emoción de unas pisadas? ¿No se aceleró sobresaltado el puelso de vuestra vida oyendo el pisar de alguien, todavía invisible, y cuya figura imaginasteis lacia o anhelosa, desventurada o placentera, hermana o enemiga, según resonaba su calzado, blando, trémulo, gozoso, cauto, siniestro...?"

En su novela más emblemática, *El obispo leproso*, Miró vuelve a recrearse en el zapato femenino. Esta vez, se trata de las botas utilizadas por María Fulgencia, la joven malcasada con el viejo don Amancio. Pablo, alumno de don Amancio y enamorado aún platónico de María Fulgencia, está haciendo sus tareas escolares en la casa y en un rincón de una sala contigua al estudio se encuentra con una prenda de su amada, descubrimiento que lo trastorna. Así lo cuenta el escritor: "Pablo vio un zapato de María Fulgencia. Lo vio, lo tomó y lo tuvo. No lo había soltado un águila desde el cielo, como la sandalia de

"La bella de las mejillas de rosa". Tampoco era una zapato, sino un borceguí de tafíete. Y no vio un borceguí, sino el par. Sumergió su índice en la punta. Allí había un tibio velloncito. Pies infantiles. Y arriba, la bota se ampliaba para ceñir la pierna de mujer. Se acercó el borceguí a los ojos, emocionándose de tenerlo, como si la señora, toda la señora, vestida y calzada, descansase en sus manos."

En *El caballero de las espuelas de oro*, hagiografía lírica de Francisco de Quevedo a cargo del entrañable Alejandro Casona, el escritor gruñón recuerda que su mejor aventura amorosa empezó gracias a un zapato resbaladizo: "un chapín de seda que resbala en el musgo del estanque y en mis brazos, empapada y feliz, la mujer más hermosa de Italia: ¡Mona Laura!". Ya desde su mismo título, se alude a un complemento de calzado dotado de un alto valor simbólico: *las espuelas de oro*. "Unas espuelas de oro son la única revancha de un caballero cojo", dice Quevedo para justificar ese lujoso capricho.

Recordemos que, por una parte, llevar calzado es símbolo de tener unos medios económicos y una solvencia, ya que los pobres y los más desfavorecidos andan descalzos. Así los vemos en la novela clásica castellana *Lazarillo de Tormes*, donde Lázaro declara que ha conseguido sus primeros zapatos cuando empieza su ascenso en busca de fortuna y de inserción social. Es su cuarto amo, el fraile de la Merced, quien se los regala, aunque le duran poco debido a la agitada vida que lleva con este fraile vividor y promiscuo.

En la sociedad consumista moderna, la ausencia de calzado no connota pobreza, sino libertad. *Descalzos por el parque*, la obra de teatro de Neil Simon que inspiró la película del mismo título, nos presenta a una pareja que se libera y consiguen entenderse cuando caminan "descalzos por el parque".

Comprobamos así que la literatura no hace sino dar fe de una realidad: por una parte, la fuerza del calzado masculino simbolizado sobre todo por las botas, con sus connotaciones de fuerza y poderío. Por otra, la erótica del pie femenino, reforzada por los aditamentos que lo calzan.

**Obras literarias que se citan:**

Anónimo, *Lazarillo de Tormes*. 1554.

Baum, Lyman Frank, *El mago de Oz*. 1900

Casona, Alejandro, *El caballero de las espuelas de oro*. 1964.

Miró, Gabriel, *Los pies y los zapatos de Enriqueta*. 1934.

Miró, Gabriel, *El obispo leproso*. 1926.

Perrault, Charles, *Cuentos de mi madre la oca* (contienen *Cenicienta* y *Pulgarcito*). 1697.

Quevedo, Francisco, *El Buscón*. 1626.

Simon, Neil, *Descalzos por el parque* (*Barefoot in the Park*). 1963.